

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdades. Las palabras de los sabios son como punzas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

(ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está todo en la continua difusión de los libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase de atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condicion de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente... los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

ROMA - LIBRERIA SALESIANA - TURIN.

Sarriá (Barcelona) - Utrera (Sevilla) - Nicheroy (Brasil) - Buenos-Aires - Montevideo - Concepcion - Quito

D. BOSCO Y SU OBRA

por el

OBISPO DE MILO

con el retrato

DEL INSIGNE FUNDADOR

Un tomo en-16°, 4 reales en rústica, y 6 en pasta

EDITIONES LITURGICAE

Missale Romanum ex decreto sacrosancti Concilii Tridentini restitutum, s. Pii V. Pontificis maximi jussu editum, Clementis VIII. et Urbani VIII. auctoritate recognitum, cum additamentis novissimis. — Editio I stereotypa Romana, tertio Taurini impressa, 1880; volumen in-4^o impressione coloribus nigro-rubris exornata . . . Pes. 12 50

Pelle consutum	»	18 50
Pelle, foliis inauratis et custodia	»	20 —
Pelle sagri, foliis inauratis et custodia	»	25 —
Missae propriae dioecesis Taurinensis	»	2 —
» » Genensis	»	2 —
» » Neapolitanae	»	3 50
» » Siciliae	»	2 —
» » Ordinis Francisc.	»	5 —
» » Carmelit.	»	4 50

Missale Romanum ex decreto ss. Concilii Tridentini restitutum, s. Pii V. Pontificis maximi jussu editum, Clementis VIII. et Urbani VIII. auctoritate recognitum cum Missis Sanctorum novissime per Summos Pontifices usque ad hanc diem concessis, cum textu et cantu a Sacrorum Rituum Congregatione approbato. — Volumen in-4^o gr. impressione coloribus nigro-rubris exornata 20 —

Pelle consutum	»	25 —
Pelle, foliis inauratis et custodia	»	28 —
Pelle, impressione aurea, foliis inauratis et custodia	»	30 —
Pelle sagri, impressione aurea, foliis inauratis et custodia	»	36 —
Missae propriae dioecesium Hispaniae	»	3 —
» » Dioecesis Albae Pompeiae	»	3 —
» » » Albigauni	»	1 50
» » » Alexandriae	»	3 —
» » » Aquarum Stiat.	»	1 50
» » » Aquiae	»	2 30
» » » Astae	»	2 —
» » » Angustae Taurinorum	»	2 90
» » » Agrigenti	»	2 40
» » » Bugellae	»	2 80
» » » Casalensis	»	1 75
» » » Cunei	»	3 —
» » » Eporediae	»	2 40
» » » Dertonae	»	3 —
» » » Fossani	»	1 50
» » » Genuae	»	2 50
» » » Narniae	»	1 50
» » » Neapolis	»	3 —
» » » Noti	»	3 —
» » » Novariae	»	3 —
» » » Nuceriae	»	1 —
» » » Nusci	»	3 50
» » » Nevoconi	»	1 60
» » » Panormi	»	2 —
» » » Petelliae	»	2 20
» » » Pinarolii	»	3 —
» » » Praenestis	»	3 50
» » » Recineti	»	1 —
» » » Savonae	»	2 —
» » » Vercellarum	»	2 50
» » » Vicordani	»	1 25
» » » Sardiniae	»	1 30

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIM. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO)

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Cualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(Pro IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

Sumario: ¡D. Bosco! — Últimos momentos — Los despojos de D. Bosco expuestos en su aposento — Anuncio de la muerte de D. Bosco — Los antiguos alumnos — La capilla ardiente — Los niños alumnos. — El pueblo — El adiós de los niños — Carta del Emo. Cardenal Almonda — Las honras — Pergamino colocado en el altar de Don Bosco — El entierro — Las exequias — Leon XIII y D. Bosco — Salida de los Misioneros.

¡D. BOSCO!

¡Cuántas y cuán portentosas obras, cuántos y cuán vivos afectos, cuántas y cuán hermosas esperanzas se compendian en este nombre! ¡Pero D. Bosco no existe ya sobre la tierra, D. Bosco ha desaparecido de entre nosotros, D. Bosco ha muerto! Ésta fué la palabra que pronunciábase, entre lágrimas y sollozos, á las 4 3/4 de la mañana del día 31 de enero alrededor de su lecho, que inmediatamente repetíase en voz baja y tono melancólico en los dormitorios de los niños, y que por último transmitíase, por medio del telégrafo, á todas las Casas Salesianas y á las cinco partes del mundo en los siguientes términos: — Esta mañana á las 4,45, el alma de D. Bosco volaba al Paraíso. —

El alba del día 31 de enero habia disipado el último residuo de aquella ilusión que nos vendaba todavía los ojos. Si, el

amor nos alucinó hasta el último instante, porque lo amábamos como se aman la sonrisa de la niñez, las esperanzas de la juventud, los bienes de la edad lozana. Era para nosotros todo lo que de más grande, noble, afectuoso y generoso puede hallarse sobre la tierra. No habia un instante en toda nuestra vida que no estuviese señalado con un recuerdo del purismo afecto que nos tenia.

Un diario, contrario á nosotros en principios, nos llamaba *los así dichos hijos de D. Bosco*. Si, nuestro amor hácia él era cien veces más vivo que el amor de un hijo hácia su padre, porque á él, centenares y millares de niños eran deudores de lo que los padres no habian sabido ó podido darles.

Presentimientos.

Todos esperábamos que, como sucedió otras veces, así en ésta hubiese podido sanar y restablecerse, si no del todo, al menos en modo que pudiera vivir aún algunos años en esta tierra; pero no habiamos entendido lo que muy claramente nos habia dicho él mismo en varias ocasiones. El año pasado entabló conversacion sobre la necesidad de comprar cuanto antes un terreno en el campo santo que sirviese para su sepultura, y mandaba que se tratase ya sobre esto con el Ayuntamiento; pero como en tal agencia se iba muy despacio: — *Mira*, decia en broma al Ecónomo de la Sociedad, *si no procu-*

ESCENAS MORALES DE FAMILIA

HISTORIA AMENA Y EDIFICANTE

DE LA VIDA

DE

MARGARITA BOSCO

por el

Sr. D. J. B. LEMOYNE

Phro. de la C. de S. Francisco de Sales

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR EL PERO. F. G.

de la misma Congregacion

Dos entregas en 32.º de 226 pág. Peset. 1 60.

¿ Quién es el que hoy ignora la actividad verdaderamente extraordinaria y la inmensa caridad de aquel hombre apostólico, de aquel varon de Dios, cual es el Presbítero D. Juan Bosco? Bastaría citar solamente el grandioso Establecimiento de Turin, conocido bajo el nombre de Oratorio de S. Francisco de Sales, y despues las muchísimas casas que fundó en Italia, España, Francia, y América para formarse una idea de lo que puede hacer un humilde sacerdote, animado únicamente por el espíritu de Jesucristo. Cómo y en dónde haya tomado fuerzas el infatigable D. Bosco lo conocen ya todos, pero poquimosos saben qué celante cooperadora hubiese hallado para su caritativa empresa, en su óptima y querida madre. A llenar, pues, este vacío está destinado el presente libro del Pbro. Dr. Sr. D. Lemoyne, en el cual de una manera sencilla y amena pinta con vivos colores á la piadosa madre y á su bueno y querido hijo D. Bosco. Las madres de familia podrán ciertamente aprender mucho con esta lectura, para educar bien á sus hijos y para sostener con valor cristiano ciertas desgracias de familia. « No rica, dice el Autor, pero con un corazon de oro; no instruida en las ciencias profanas; pero educada en el Santo temor de Dios; privada bien pronto del que debia ser su sostén, pero segura con la energia de su voluntad apoyada en el auxilio celeste, supo llevar á cabo felizmente la mision que Dios Ntro. Señor le habia confiado. Es, pues, un libro hecho, no para quien se complace en las aventuras más ó menos escandalosas de la mujer mundana, sino para cualquiera que anhela saber en qué manera pueden hacerse gratos á Dios y útiles á la sociedad. ¡ Oh si todas las madres pudiesen hacer á ejemplo de Margarita, de sus propios hijos otros tantos D. Bosco, podrían ciertamente considerarse afortunadas y dichosas!

ras obrar con presteza en este asunto, cuando yo esté muerto, entonces haré que me lleven á tu cuarto! No te descuides, pues. Y otra vez: — No me metas en un terreno alquilado. Búscame un sitio en alguna de nuestras casas. El fué quien quiso absolutamente que se consagrara en el mes de mayo del año pasado, la iglesia del Sagrado Corazón en Roma, y cuando se le dijo que faltaban aún trabajos que requerían por lo menos un año, y le presentaron además otras mil dificultades, él, firme en su parecer, respondía: — *No importa; la iglesia debe consagrarse en el mes de mayo.* — Y dió la razon de semejante insistencia, que ciertamente entonces no se entendió, diciendo al reteruo Ecónomo: — *Procura concluir cuanto antes la iglesia, si quieres que yo la vea, pues de lo contrario, me quedaré sin verla.* — Estando en Roma fué un día á visitar á cierta comunidad religiosa y, cuando le pidieron su bendicion, respondió: — *Si, os la doy con tal que me prometáis rogar por mí despues de mi muerte.* — Fué en esta ocasion que pedía al Sumo Pontífice la indulgencia plenaria *in articulo mortis* para él y para otros muchos, que la ganarían conformándose en todo con la voluntad de Dios.

Solíase hablar con frecuencia de su jubileo sacerdotal, que ocurriría en el año 1891, y él entreteníase tambien gustosamente con los amigos y conocidos sobre este argumento, pero muchas veces dijo privadamente á sus auxiliares más íntimos: — *¡Vosotros os alucináis!* — Habiendo ido á visitar á una piadosísima é insigne bienhechora de las Obras Salesianas, que se hallaba en punto de muerte, le dijo: — *¡Ah, señora Condesa! Usted me falta á la palabra; habíame prometido regalar á los niños del Oratorio dos bocorritos para que los comiesen alegremente el día de mi jubileo sacerdotal, y no la ha cumplido. Pues bien; entonces tambien yo fallaré á mi palabra.* — Por último, un mes antes de la Inmaculada, habiendo ido á consolar á un sacerdote salesiano que se hallaba en el Oratorio gravemente enfermo y al cual se le habían administrado ya los últimos Sacramentos, le dijo: — *Animate. No te toca á ti esta vez; hay otro que debe ocupar tu puesto.* — Dicho sacerdote sanó, y D. Bosco fué el primero que murió en casa y en la misma cama donde entonces estaba el referido sacerdote, pues se cambió con la de D. Bosco por ser la más manual para el servicio de los que lo cuidaban.

Pero aún sin sus palabras, el continuo desfallecimiento de sus fuerzas era un aviso del no lejano fin de sus días. Si bien se ocupaba incansablemente en proyectar y llevar á cabo nuevos planes; asistía á todas las deliberaciones, leía y postilaba muchísimas de las cartas que recibía todos los días y por último tenía además la dirección inmediata de toda la Sociedad Salesiana; sin embargo hallábase en tal estado que el célebre profesor de medicina de la Universidad de Montpellier, Sr. Combal, visitándolo un día con singular diligencia en Marsella, se vió obligado á decir: — *Refiéranse cosas maravillosas de D. Bosco:*

para mí el milagro más grande es que viva aún, estando tan destruido. Está como un vestido consumido por el uso, el cual, para conservarlo aún por algun tiempo es preciso encerrarlo en un guardarropa. —

En efecto; en el año 1885 empezaba á caminar con dificultad y poniéndose los brazos detrás de la espalda, que le servían como de un contrapeso: en 1886, íbase doblando cada vez más, hasta el punto de tener que hacer uso de un baston. En 1887 vióse obligado á apoyarse á alguien para poder caminar, y finalmente en los dos últimos dias que estuvo en pié, no siéndole posible levantarse, quiso lo llevaran al comedor en un sillón de ruecas con el fin de estar hasta el último instante en medio de los principales Superiores de la Sociedad. El soldado veterano caía sin soltar las armas, puesto que aún en cama y en medio de los más graves dolores, continuaba pensando, ordenando, aconsejando y proveyendo todo lo que podia ser útil ó ventajoso al prójimo.

Últimos momentos de D. Bosco.

Deseáramos presentar á nuestros Cooperadores y Cooperadoras el cuadro entero, en extremo conmovedor y edificante, de los últimos instantes de nuestro queridísimo y carísimo D. BOSCO. Pero como suponemos el vivo deseo (pues muchos lo han manifestado ya por carta) de enterarse minuciosamente de las palabras, sufrimientos y virtudes de tan amado amigo y padre, hemos preparado el diario de todo lo sucedido en los dos últimos meses de su vida con aquella diligencia y veracidad, que hemos considerado ser un deber nuestro y una necesidad para todos los Cooperadores.

Actualmente tenemos que recoger aún algunas memorias bastante importantes, por cuyo motivo publicaremos dicha relacion en el próximo *Boletín*. En éste hablaremos tan solo de su muerte y de todo lo referente á sus funerales.

31 de enero de 1888.

A las dos menos cuarto Don Bosco entra enagonía. D. Rua pónese la estola y comienza de nuevo las interrumpidas oraciones de los agonizantes. Se llama aprisa á los demás Superiores y el aposento se llena enseguida de unos treinta, entre sacerdotes y acólitos. Todos se arrodillan. Llega Monseñor Cagliero al cual cedida por Don Rua la estola pasa á la derecha de Don Bosco. Luego acercándose á la cabecera del amado Padre: — *D. Bosco, le dice con voz sofocada por el dolor, estamos aquí nosotros, sus hijos. Le pedimos perdon de todos los disgustos que por causa nuestra ha tenido que sufrir, y en prueba de perdon y paternal benevolencia dignese darnos una vez más su bendicion. Yo le ayudaré y pronunciare la fórmula.* — ¡Escena conmovedora y en extremo dolorosa! Todos los circunstantes inclinábanse reverentemente, y Don Rua, haciéndose no poca violencia en medio de

un profundo dolor, levanta la mano derecha, ya paralizada, de D. Bosco, é invoca la protección de María Auxiliadora sobre los Salesianos presentes como también sobre los ausentes, esparcidos por toda la faz de la tierra.

A las tres de la mañana llegaba de Roma el siguiente telegrama: — *Santo Padre otorga con todo corazón bendición apostólica á D. Bosco gravemente enfermo.* — *Card. Rampolla.*

Monseñor había leído ya el *Proficiscere*. A las 4 1/2 la campana de la iglesia de María Auxiliadora tañía el *Ave Maria*, y todos los que estaban en el aposento, rezaron el *Angelus*. D. Bonelli susurró al oído de D. Bosco la jaculatoria que unos días antes había repetido: — *¡Viva María!* — La respiración fatigosa cesó, sucediendo por breves instantes otra un poco más libre y tranquila. — *¡D. Bosco muere!* — exclamó D. Belmonte. Los que, por estar cansados, habíanse sentado para reposar un poco, se aproximaron al lecho.... tres respiros en breves intervalos notaron aún.... ¡D. Bosco moría realmente! Monseñor Cagliero, con la estola al cuello, pronunciaba las siguientes jaculatorias: — *Jesus, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesus, José y María, asistidme en mi última agonía. Jesus, José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía.*

D. Rua y los demás Superiores, Directores y sacerdotes, formando como una corona, agonizaban también de dolor, juntamente con el padre, que nos dejaba en la tierra para volvernos á ver en el cielo. ¡D. Bosco había muerto!.... y Monseñor Cagliero entonaba suspirando el *Subvenite sancti Dei, occurrere angeli Domini... suscipientes animam eius... Suscipiat te Christus qui vocavit te....* Y bendiciendo el sagrado cadáver, rogaba á Dios por el eterno reposo de su alma. La estola que tenía Monseñor fué puesta al cuello del venerado finado y en sus manos colocaron el crucifijo que tantas veces había besado. Eran la 4 y 45. El contaba 72 años y 5 meses y medio de edad.

Todos se arrodillaron para rezar el *Deprofundis*, alternado de suspiros, llantos y sollozos.

Los despojos de Don Bosco expuestos en su aposento.

Éste hállase, desde las 10 de la mañana, completamente lleno de Salesianos, que ruegan derriéndose en lágrimas. Los niños, durante la Misa de comunión, rezan el santo rosario; á las 10 cántase solemnemente la Misa fúnebre y todas las Misas privadas celébranse en sufragio del alma de D. Bosco. Por la tarde se canta el oficio de difuntos en la iglesia de María Auxiliadora.

A las diez de la mañana el Sr. D. Antonio Sala y el enfermero, asistidos, dirigidos y ayudados por los médicos Sres. Albertotti y Bonelli, que quisieron hasta el último instante testimoniar el vivísimo amor que tenían al finado amigo, lavaron su cuerpo, lo vistieron y después lo colo-

caron sobre un sillón. El fotógrafo Sr. Deasti y el pintor Sr. Rollini sacaron en esta posición la fotografía. Habíanlo ya retratado cuando yacía aún en su lecho de muerte, en la posición que tenía cuando espiró. Se permitió retratarlo porque los Superiores no consintieron le sacasen el bajo relieve, pues les era absolutamente imposible obligarse á ver enyesada la cara de su amadísimo Padre. Por igual respeto no quisieron embalsamarlo. Uno de los mismos médicos había dicho: — *Hace ya muchos años que conozco á D. Bosco; tengo tanto respeto á su cuerpo que no me atrevería á profanarlo con la embalsamación.* — A las dos de la tarde habíase difundido por toda Turin la dolorosa noticia de este fallecimiento que produjo general y profunda impresión. Muchas tiendas se cerraron poniendo sobre la puerta el siguiente letrero: — *Cerrado por la muerte de D. Bosco.* — Infinidad de personas, llenas de dolor y tristeza, acuden á la portería y piden permiso para entrar y ver los despojos de D. Bosco. Debido al poco espacio del lugar donde se halla expuesto, no se concede sino á las más conocidas.

El cadáver revestido con los ornamentos sacerdotales, es decir, alba, estola y casulla moradas, el crucifijo en las manos y la cabeza cubierta con el bonete, estaba sentado en un sillón, colocado en un corredor detrás de la capilla privada, donde en estos últimos tiempos celebraba D. Bosco la santa Misa. Ningun lineamiento de su rostro habíase aún alterado. Si no fuese por el pálido color de la muerte, que contrastaba con el morado de la casulla, diríase que Don Bosco duerme plácidamente en medio de una celestial vision. En aquel aposento entran continuamente los amantes hijos de Don Bosco, que, arrodillándose y rogando por el eterno reposo de su alma, besan su mano reverentemente, y se retiran con los ojos inundados de lágrimas. Numerosos sacerdotes y muchas distinguidas familias de Turin vienen también á verlo. A todos parece que en realidad el difunto duerma, caminan despacio, de puntillas, y, arrodillándose, besan la mano del cadáver, que parecían ser del más puro alabastro. En tan sencillo aposento, ninguno tiene temor, sino que todos quedan poseídos de un sentimiento de reverencia y devoción. A las seis de la tarde vienen algunas Hijas de María Auxiliadora para besar la mano de su santo Fundador y Padre en nombre de todas sus Hermanas. Hasta el anochecer no se interrumpió tan triste y numerosa peregrinación.

Entre tanto cómpranse á millares por las calles de Turin los diarios que anuncian la muerte y hablan de las obras maravillosas de Don Bosco, llevadas á cabo en su larga y santa vida. Lo mismo pasa con sus retratos y biografías.

El acreditado *Carriere Nazionale* tuvo que hacer tres ediciones, las cuales fueron agotadas en el mismo día; las primeras noticias de su muerte, leíanse en alta voz por las principales calles y plazas de la ciudad. En fin, el nombre de Don Bosco volaba de boca en boca, y muchos no podían contener las lágrimas.

A las 10 de la noche reunióse el Capítulo Superior de la Sociedad Salesiana y prometió, si la Sma. Virgen los obtenía la gracia de que la Autoridad civil concediese enterrar á D. Bosco debajo de la iglesia de María Auxiliadora, ó á lo menos en nuestra Casa de Valsalice, dar principio en este año, ó lo más pronto posible, á los trabajos de decoración del referido Santuario, cuya obra deseaba vivamente el llorado D. Bosco se llevase á cabo, pues no hacía aún mucho tiempo había dado orden para que se fuesen haciendo los estudios oportunos.

Anuncios de la muerte de Don Bosco.

El M. R. Sr. D. Miguel Rua, vicario de Don Bosco, á pesar de su inmenso dolor, haciéndose dueño, ante la idea del deber, de todo sentimiento del alma, había mandado por telégrafo el tristísimo anuncio, primero al Padre Santo, luego al Emmo. Cardenal Alimonda y despues á las Casas de América, Inglaterra, España, Francia y Austria, así como á algunos de los principales bienhechores. Además escribía y hacía imprimir la siguiente circular:

« A los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y Cooperadoras:

» Con el corazón angustiado, con los ojos inundados de lágrimas, con trémula mano y sumergido, en fin, en un mar de tristeza y desconsuelo, os comunico la noticia más dolorosa que yo haya participado y pueda participar aún durante toda mi vida; os hago saber que nuestro amadísimo Padre en Jesucristo, nuestro Fundador, el amigo, el consejero, el guía de nuestra vida, ha muerto. ¡Ay! palabra, que hiere el alma, traspasa el corazón de parte á parte, y es manantial de un mar inmenso de lágrimas.

» Las oraciones, privadas y públicas, elevadas al Cielo para obtener su conservación, han dilatado por algun tiempo á nuestro corazón este golpe fatal, esta honda herida, esta llaga profundísima; pero no tuvieron fuerza suficiente para evitarlo cual hubiéramos deseado.

» Nada nos conforta en estos instantes si no el pensar que así lo quiso Dios, el cual, siendo infinitamente bueno, nada hace que no sea justo, sabio y santo. Por consiguiente, resignados, inclinemos humilde y reverentemente nuestra frente y adoremos sus altos é inescrutables designios.

» No creo por ahora necesario decirnos cómo

Don Bosco ha muerto cual mueren los justos, con una serenidad y calma inexpligables, auxiliado de todos los consuelos de la religion, bendecido varias veces por el Vicario de Jesucristo, visitado con insigne piedad por prelados é incultos personajes eclesiásticos y seglares tanto de Italia como del extranjero, asistido con amor filial por sus alumnos y tratado con singular afecto y peticia por los más célebres médicos. Ni tampoco os hablaré hoy de sus virtudes y obras, porque el tiempo apremia, y con el corazón lacerado se resiste á escribir mi pluma.

» Os notifico solamente que, pocos días hace, **Don Bosco** dijo, que su obra no se menosca-

baría con su muerte, porque estaba confiada á la bondad de Dios, protegida por la poderosa intercesion de María Auxiliadora, y sostenida por la generosa caridad de los Cooperadores y Cooperadoras, que continuarán siempre favoreciéndola.

» Por nuestra parte podremos añadir que abrigamos las más grandes esperanzas de que ha de ser así, porque **Don Bosco** desde lo alto de los cielos, en donde esperamos fundadamente que ha sido recibido entre arreboles de gloria, será ahora, más que nunca, nuestro amorosísimo Padre, y cabe los augustos tronos de Jesucristo y de su Madre Inmaculada, ejercerá con mayor eficacia su caridad para con nosotros y derramará acá en la tierra con mayor abundancia los celestiales favores.

» Encargado de hacer sus veces, procuraré por mi parte obrar lo mejor que pueda, para satisfacer las esperanzas de todos. Ayudado con la cooperacion y consejos de mis hermanos, ciertamente la Sociedad de S. Francisco de Sales, sostenida por el brazo de Dios, asistida por la protección de María Auxiliadora, confortada con la caridad de los beneméritos Cooperadores Salesianos, continuará las obras iniciadas por su eximio y llorado Fundador, especialmente las pertenecientes á la enseñanza y educacion de la juventud pobre y abandonada y á las misiones extranjeras.

» Un pensamiento aún. A ejemplo de nuestro glorioso Patrono San Francisco de Sales, varias veces D. Bosco, oyendo ó leyendo ciertas expresiones que algunas personas benévolas le dirigian, manifestó el temor de que, despues de su muerte, creyendo no necesitaba sufragos, se le dejase padecer en el Purgatorio. Por cuyo motivo, según su deseo, y por deber de filial afecto, recomiendo á todos se diguen hacer cuanto antes fervorosas oraciones en sufragio de su alma, no dudando que el Señor, en su infinita providencia, sabrá á quien aplicar su eficacia.

» Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y Cooperadoras, niños y niñas, confiados á nuestro cuidado, no tenemos ya á nuestro querido Padre en la tierra, pero lo veremos un día en el cielo, si sabemos apreciar, en cuanto valen, sus consejos, y seguimos fielmente sus virtuosas huellas.

» No dudeis de que, á pesar de hallarme sumergido en el más profundo dolor y rodeado de acerbísimas penas, soy

Vuestro afmo. Hermano y Amigo
MIGUEL RUA, Pbro.

N. El venerando D. Bosco pasó á mejor vida el día 31 de enero á las 4 3/4 de la mañana. Los funerales tendrán lugar el jueves 2 de febrero á las 9 1/2 de la mañana, en la iglesia de María Auxiliadora, y el entierro á las 3 de la tarde del mismo día.

De estos anuncios mortuorios, mandados á todos los Institutos de D. Bosco, amigos y bienhechores, se imprimieron 53,000 copias, es decir,

32,000 en italiano, 13,000 en francés y 8,000 en castellano.

Los antiguos alumnos.

Después de los Superiores y de los que pertenecen á la familia salesiana, ninguno podía sentir más vivamente tan triste pérdida como aquellos que *D. Bosco* había llamado á los principios con el nombre de hijos. Los años no habían borrado los antiguos afectos, como lo demuestra la siguiente carta:

Comision de los antiguos Alumnos del Oratorio, en las demostraciones al Reverendo Sr. D. Bosco.

LUCTUOSO ANUNCIO.

Turin, 31 de enero de 1888.

QUERIDO AMIGO:

De inmensa y tristísima desgracia acaban de ser víctimas el Oratorio de San Francisco de Sales y las numerosas Casas de educación que de él dependen. Su preclaro y virtuoso fundador, el fiel y verdadero amigo de la juventud, el grande é incansable apóstol de la religión y de la caridad, nuestro amadísimo padre **D. Juan Bosco** ¡ha dejado de existir! Esta mañana á las 4,45 voló su hermosa alma al Señor, asistido y fortificado con todos los auxilios de la Religión, y bendecido varias veces por el Santo Padre Leon XIII.

Si bien, desde hacia ya algun tiempo, preveníamos las irreparables consecuencias de su débil y delicada salud, sin embargo, ahora más que nunca, sentimos la gravedad de tan triste é irremediable pérdida. Y así lo atestiguan las lágrimas de sus hijos, el dolor de sus amigos, el llanto de la ciudad.....

En las últimas horas de su preciosísima existencia, nosotros habíamos ido á besar al amado Padre, por última vez, su bendida mano, y casi á darle en nombre de los antiguos alumnos el último adiós en esta vida; pero él ya no podía hablar, su lengua se había enmudecido, sus ojos no reconocían á nadie. Hallábase al principio de la agonía. ¡Qué pena, qué angustia, cuando salimos de aquel aposento, donde él tantas veces nos había recibido con singulares muestras de afecto y benevolencia!..... ¡Oh Don Bosco, Don Bosco!.....

Querido amigo, ya sabes cuán grande era nuestro deseo en festejar, dentro de no mucho tiempo, las Bodas de Oro del Rdm. Sr. D. Bosco, cuyo deseo se lo habíamos manifestado en varias ocasiones. Pero el Señor dispuso diversamente; hágase, pues, su santa voluntad. Sin embargo ¿no podríamos también ahora dar una prueba de nuestro afecto y reconocimiento?

La Comision de los antiguos alumnos del Oratorio, en las demostraciones que hará á D. Bosco, previo acuerdo con los Superiores de la Casa, deliberó invitar á todos los compañeros, sacerdotes y seglares, residentes en Turin y sus inmediaciones, á tomar parte en la sepultura que

tendrá lugar el jueves 2 de febrero á las 3 1/2 de la tarde, exhortándoles además se dignen ofrecer una pequeña ofrenda para cubrir los gastos que se originarán en dicha sepultura, así como en los solemnísimos funerales que se harán muy pronto en la iglesia de Maria Auxiliadora.

Nuestra reunion tendrá lugar en el locutorio grande del Oratorio. Se darán varias normas á fin de proceder con mayor orden en el cortejo fúnebre; pero nosotros observaremos el orden de antigüedad.

Creemos innecesarias las súplicas para moverte á dar este último tributo de amor y reconocimiento á nuestro difunto Padre. Los amigos lejanos podrán servirse de sellos de correos para enviar su ofrenda; apenas se determine el día del funeral, tendremos el gusto de participártelo.

Entre tanto dignate elevar tus preces por el eterno reposo del alma de nuestro nunca bastante llorado D. Bosco, y recibe nuestros cordiales recuerdos.

Por la Comision:

CARLOS GASTINI.

MATEO ALASIA, secretario.

LA CAPILLA ARDIENTE.

Los niños alumnos.

Habiase preparado con colgaduras fúnebres la primera iglesia interna, dedicada á S. Francisco de Sales, aquella hermosa y pueñita iglesia edificada por D. Bosco el año 1850, en la cual habia continuado su apostolado de caridad, de beneficencia y de amor para la juventud pobre y abandonada, comenzado en el año 1841. Allí fueron trasportados sus despojos, á las seis de la mañana del día 1º de febrero, con acompañamiento de sacerdotes y acólitos que, con cirios encendidos, entonaban el *Miserere*. El Sr. D. Juan Bonetti rezaba las oraciones del Ritual y D. Sala dirigia tan importante acto.

A la misma hora todas las personas del Oratorio asistian en la iglesia de Maria Auxiliadora á una Misa solemne de *Requiem*, celebrada por el Director del Oratorio, Sr. D. Domingo Belmonte, precedida del rezo del santo Rósario y concluida con la Comunion general.

Después fueron á visitar los mortales despojos de su grande y amado bienhechor. Las tinieblas matutinas extendianse todavía por el oscuro ambiente, cubierto todo de cortinajes blancos y negros que pendian sobre el altar mayor. Detrás erguiase una cruz blanca, que fué del finado la única esperanza en vida, y al pié de la cual colocáronlo sobre un tablado cubierto de tela negra. A su alrededor ardian muchos cirios. Hacia ya más de treinta horas que habia espirado, y en su rostro no se vela aún ninguna de aquellas señales que suele imprimir la muerte.

Turbas de niños entraban continuamente presurosos y tristes en aquel luctuoso lugar, y con sin par ternura fijaban sus lagrimosos ojos allá en lo alto, donde á manera de uno que tranquila

y dulcemente duerme, con la cabeza inclinada hacia la parte izquierda, con semblante sereno, calmo y casi sonriéndose, con los ojos semicerrados y hijos en el santo Crucifijo, que estrechaba entre sus manos, reposaba Don Bosco. — ¡Era nuestro Padre! — repleían concordermente aquellos miles de corazones con inmensa tristeza. ¡Cuántos recuerdos, cuán suaves palpitaciones, cuántos y cuán tiernos pensamientos agitaban la mente y corazón de los hijos de Don Bosco en aquel instante!

Acostumbrados con singular gratitud los antiguos alumnos, á conocer las peripecias de la vida maravillosa de Don Bosco, los presentes, ante aquel acto de piedad filial, recordaban cuánto, entre aquellos muros desadornados, había trabajado su amado Padre durante muchos años con caridad y perseverancia incansables. Imaginábanse verlo aún adaptándose, tanto á los humildes como á los más difíciles oficios, para el bienestar de la educación religiosa, intelectual y material de sus hijos, y venciendo no pequeños obstáculos con aquella calma y serenidad con que ahora reposaba después de medio siglo de trabajos y fatigas. Entre aquellos muros había concebido el plan, efectuándolo, de muchas obras maravillosas y múltiples instituciones, que actualmente hállanse esparcidas por todo el mundo. Desde el pulpito de aquella pequeña iglesia, donde predicó constantemente desde el año 1850 hasta el 1868, parecía oírse aún su poderosa palabra que conmovía al corazón más duro, animaba al bien, y obligaba á hacer generosos y firmes propósitos á las turbas infantiles que le escuchaban. Parecía que ocupaba aún su confesonario detrás del altar mayor, y ver todos los días arrodillados á su alrededor á centenares de niños, que á él, y solo á él, querían confiar todos sus secretos. ¿Quién podrá enumerar los miles y miles que resucitó á la gracia de Dios con su prudente, afectuosa y celestial caridad? Sí, aquella mañana, su falta, era para todos en extremo dolorosa, y una fuerza interior nos impelia á acercarnos á él y decirle al oído la última palabra, como si pudiese escucharnos. Estaba sentado sobre aquel altar donde celebró por tantos años el santo sacrificio de la Misa, con aquella devoción tan sencilla al par que profunda, tan tierra sin que al exterior apareciese nada de extraordinario, tan llena de confianza que todo obtenía.

Pero los más antiguos de la casa recordaban también, como testigos que fueron de ello, lo que el número 6 del *Bollettino Salesiano* del año 1881 narraba. Una vez Don Bosco, por el año 1848, hallándose con muchos niños sobre un montón de tierra, díjoles con acento profético: — *Un día en este mismo sitio, se elevará el altar de una iglesia, muy cerca de la cual vosotros recibiréis la sagrada Comunión y cantaréis las alabanzas del Señor.* Estas palabras, pocos años después, se habían realizado, y ahora en aquel mismo sitio comparecía D. Bosco muerto, pero también rodeado de sus niños.

Dijo bien el *Corriere Nazionale* de Turin: Sentíamos toda la grandeza de aquel hombre,

poderoso como un soberano, bendito como un Vicente de Paul, dulce como un Francisco de Sales, pio como un Alonso de Liguori. Se cubría en aquel luto profundo por tanana perdida, una sola necesidad, un único alivio, y era la oración. Por cuyo motivo, divididos por clases y talleres, los niños alternaban durante todo el día yendo á postrarse á los pies del altar de María Auxiliadora, y allí rezaban, con singular devoción, el santo Rosario.

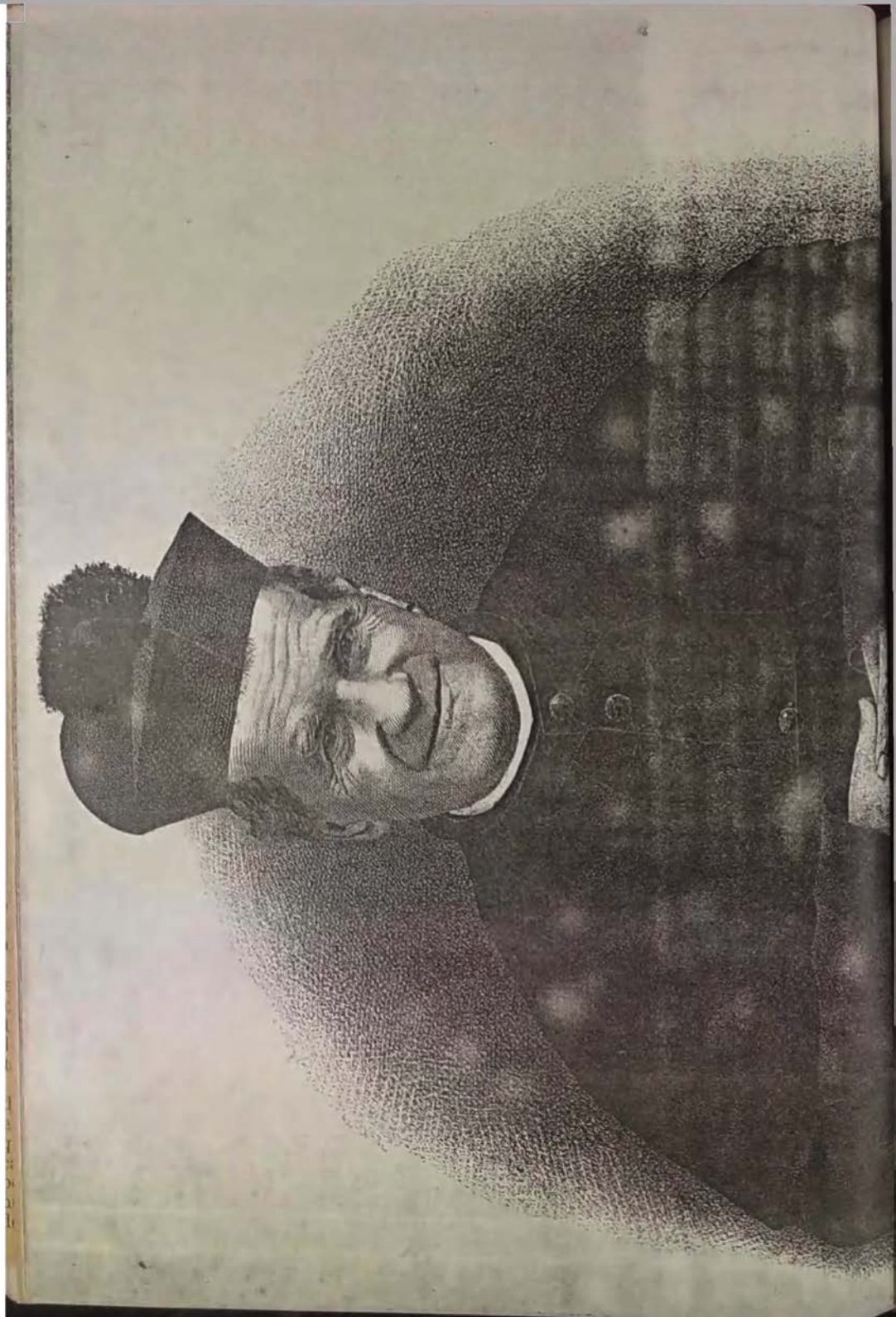
A las 5 de la tarde reunióse toda la comunidad en el referido Santuario y cantó solemnemente el oficio de difuntos. Cierto que si el testimonio de las virtudes del finado movía á rogar con indecible fervor por su eterno descanso, movía asimismo á encomendarse á él, suplicándole se dignase derramar desde la gloria abundantes bendiciones sobre el Instituto y sobre los individuos que tanto había amado, mientras vivió en este mundo.

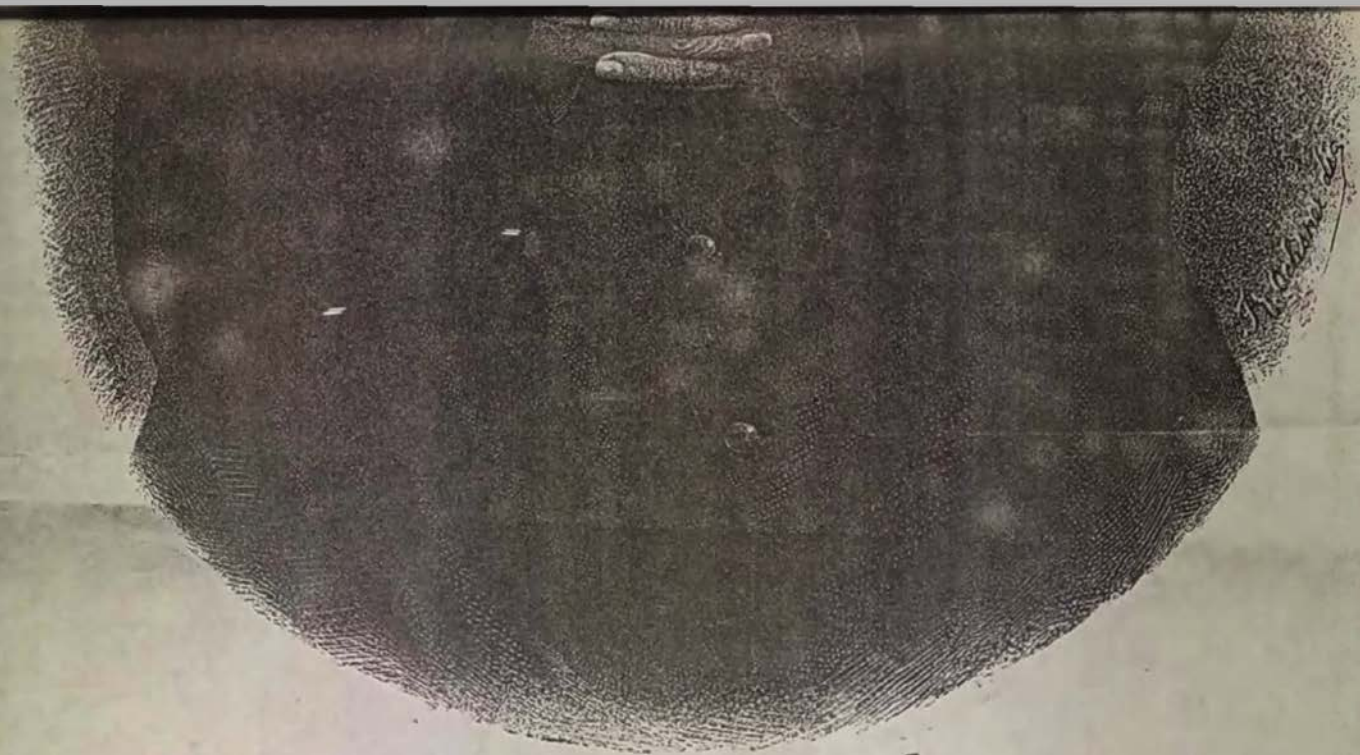
El pueblo.

La referida iglesia de S. Francisco de Sales abrióse al público á las ocho de la mañana. Parecía que todo Turin había venido al Oratorio á visitar los despojos de D. Bosco. Por la plaza *Giano* y toda la larguísima carrera *Regina A. Herita* era un continuo ir y venir de gente de todas clases y condiciones. La plaza de María Auxiliadora estuvo todo el día llena de carruajes. — ¡Vamos á Don Bosco! — decíanse unos á otros. El pueblo, siempre eficaz y conciso en sus juicios, como ya en un tiempo bautizaba con el nombre de Cottolengo (por ser su fundador) á aquel conjunto de instituciones caritativas que se elevan al lado de los Institutos Salesianos, puso también, al barrio que éstos ocupan, el nombre de Don Bosco. Y dice bien, porque esta iglesia — oratorio — escuela — oficina — hospicio — asilo — todas estas instituciones reunidas en una sola, no pueden tener otro nombre que el del hombre que concebía y desarrollaba el plan. ¡D. Bosco y el Cottolengo! Dos hombres que forman una historia de beneficencias incomparables al propio tiempo que de heroicos sacrificios.

El gentío iba aumentando poco á poco. En la plaza había algunos hombres que vendían miles y miles de ejemplares de los diarios *Unità Cattolica* y *Corriere Nazionale*, los cuales hablaban de D. Bosco y estaban adornados con su retrato. Aquella muchedumbre de personas, aquel movimiento continuo, aquel afán y deseo de ver, la espontaneidad del dolor, la abundancia de lágrimas, todo el conjunto, en fin, formaban un verdadero prodigio. Los diarios dijeron que las personas que vinieron á visitar los despojos fueron más de cuarenta mil.

Habiendo el Excmo. Sr. Voli, alcalde de esta capital, previsto tanta afluencia, dignóse escribir una atentísima carta á los Superiores del Oratorio, poniendo á su disposición los guardias municipales, á fin de conservar el orden dentro y fuera de la iglesia. Y en estos tres días el servicio que dichos municipales prestaron fue...





D. JUAN BOSCO, PBRO.,

NACIÒ EN CASTELNUOVO D'ASTI EL 15 DE AGOSTO DE 1815.

Falleció en Turin (Italia) el 31 de Enero de 1888.

tan solo superior á cualquier elogio, si que tambien propio de hombres de corazon que cumplan una mision de caridad.

Pero, y dentro del Oratorio ¿qué es lo que sucede? En los bancos que rodean el presbiterio de la iglesia de S. Francisco de Sales, hállanse algunos sacerdotes que salmodian en tono bajo y misterioso el oficio de difuntos. A los sacerdotes del Oratorio únense los de la ciudad y á éstos acompaña tambien en la triste plegaria el Clero del Cottolengo, mandado por el dignísimo Superior de la *Piccola Casa*, Sr. Bosso. En los altares laterales celébranse sin interrupcion las Misas expiatorias hasta medio día. En los pocos bancos colocados en el centro de la iglesia, están los veneranos del Oratorio, que no pueden separarse de aquel lugar.

En tanto obsérvase un continuo andar y venir de gente, que entrando por la puerta que da á la calle *Caselle*, sale por la principal del Oratorio. Por los vastos patios, donde recreáanse todos los dias los niños, con dificultad se puede pasar. En algunos momentos del dia pudieron notarse las diversas clases de los visitantes. Por la mañana, hasta las diez, era el pequeño comercio que venia á saludar los despojos del ilustre insano. A las once empezaban á llegar los coches de varias católicas y distinguidas familias. Desde las dos en adelante el gran comercio, un número considerable de empleados y muchas otras personas trabajadoras en diversos ramos.

La concurrencia, pues, era verdaderamente inmensa y la iglesia estaba llena de bote en bote. Ricos y pobres, potentados y plebeyos, y muy particularmente la juventud, los obreros y niños acudieron á rendir tributo de admiracion y reconocimiento ante el cadáver del que en vida supo ser verdadero apóstol de la juventud pobre y abandonada. Todos acercábanse con reverente piedad y querian besar la mano á Don Bosco, pero la balaustrada lo impedía. Muchos llamaban á algunos de los sacerdotes que allí se hallaban y les daban medallas, imágenes, estampas, coronas, pañuelos, libros de devocion y otros objetos piadosos para que se dignasen tocarlos por breves instantes á aquellas sagradas manos. Por todas partes se llora y todos salen de la iglesia llenos de conmocion. Hemos visto á hombres de elevada inteligencia y de no comunes prendas, pasar por delante del cadáver inclinando la cabeza y pronunciando las siguientes palabras: — ¡Es un santo! — Hubo corazones generosos que en este instante tuvieron la hermosa idea de socorrer á los huerfanitos de Don Bosco, y entre los varios actos de señalada caridad, es digno de particular mencion un billete anónimo cerrado, con adjunta limosna, en un sobre, y colocado entre los pliegos de los ornamentos del cadáver con estas palabras: — ¡Querido Don Bosco, ruegue por mí!

A las cuatro de la tarde, como la concurrencia iba aumentando cada vez más, se tuvo que abrir la puerta principal del Oratorio, á fin de evitar mayor confusion.

Al anochecer fueron cerradas las puertas de la iglesia, despues de conseguir con gran trabajo que se retirara la gente. A las nueve tuvieron que abrirse de nuevo para permitir la entrada á las muchísimas personas que acababan de llegar de varios puntos del Piemonte y de la Lombardia, con el exclusivo fin de ver, por última vez, los despojos mortales del prelaro Fundador.

No pueden contarse los que desearon visitar el aposento de Don Bosco, pero no todos lo consiguieron por falta de tiempo.

Tambien la iglesia de Maria Auxiliadora estuvo durante todo el dia llena de personas, que venian á rogar por Don Bosco, y especialmente en la hora de la bendiccion que, con el Santísimo Sacramento se daba á las 7 1/2 de la tarde.

Un parte telegráfico, procedente de Génova, mandado por el Emmo. Sr. Cardenal Almonda, para fin á los conmovedores sucesos de este dia tan triste y doloroso. Dicho Emmo. Cardenal manifestaba su vivísimo deseo de venir á Turin al dia siguiente. Pero no era posible que, las condiciones de su ánimo angustiado por la pérdida del amado amigo, le permitiesen tomar parte en la sepultura.

El adiós de los hijos.

Entre todas las funciones que durante dichos dias tuvieron lugar en el Oratorio, no hay duda que la más tierna, cordial y conmovedora fué la del último adiós que los hijos daban con el corazon sumido en el más profundo dolor, á su amado é inolvidable Padre D. Bosco.

Eran las 9 de la noche cuando todos los niños del Oratorio se reunieron en la iglesia donde, en actitud plácida y tranquila, se hallaba espuesto el cadáver, y, arrodillados, rezaron las preces que el venerando difunto habiales enseñado.

Los ojos y corazones de todos estaban fijos y como extáticos contemplando aquella dulce cuanto sencilla figura. ¡Qué de recuerdos! ¡cuánta ternura! ¡cuanto dolor! Concluidas las oraciones, y despues de un breve é imponente silencio, se levantó el Rdo. Don Juan Francisca, para dirigir á los circunstantes palabras que arrancaban lágrimas de ternura y de amor.

— ¡Ved allí, decía, á nuestro amado padre con aquella calma, aquella tranquilidad, aquella sonrisa que se transparenta en sus labios! Parece que quiere hablaros y vosotros casi esperais que se levante y os dirija la palabra. ¿No es verdad? Pero él por desgracia no puede ya daros aquellos santos consejos que tantas veces nos dió. Por esto los Superiores me han mandado á mí á hacer sus veces. Pero ¿y qué os diré yo desde este lugar donde Don Bosco hizo tanto por vosotros? No haré más que repetir las últimas palabras que él mismo os dirigió. Habiéndole, pues, preguntado qué recuerdo queria dejar á sus niños, respondió: *Diles que los espero á todos en el Paraíso.*

En la iglesia reinaba un recogimiento tan grande, tan íntimo, tan profundo, que materialmente se oía la respiracion afanosa de aquellos

pobres niños, á quienes Don Bosco, en medio de la serenidad de la muerte, parecia bendecir para siempre.

Dado aviso á cada seccion para que se retirase á su respectivo dormitorio, con dificultad pudo conseguirse, pues todos se hallaban como inmortales y con los ojos inundados de lágrimas, contemplando por última vez á tan grande y amado bienhechor.

Carta del Emmo. Cardenal Alimonda.

A mitigar nuestro dolor llegaba la preciosísima carta de nuestro queridísimo Arzobispo, que acababa en extremo á Don Bosco, quien no dejaba de corresponderle con igual amor y veneracion.

MUY RDO. Y QUERIDO D. RUA:

Creo inútil decirle cuán amarga me haya sido la noticia que Vd. se ha dignado comunicarme telegráficamente. Mi venerado y querido D. Juan no ha querido esperarme, para que, si quiera una vez más, pudiese besar su sagrada mano y recomendarle á su proteccion ante el trono de Dios. ¡Conformémonos con su santa voluntad!

Doy, pues, á Vd., y por su medio, á toda la Congregacion Salesiana, mi más sentido pesáame, y al propio tiempo prometo unir mis oraciones á las que, en todas partes de Italia y de todo el mundo, se ofrecen por el eterno reposo del alma preciosa de su Fundador, si bien tenemos poderosas razones para creer que habrá recibido ya la palma de sus virtudes é inmensas fatigas por la gloria de Dios.

Le abrazo en el Señor, mi querido Don Rua, y bendigo á Vd. y á sus Hermanos, repitiéndome

Suyo asmo. en J. C.,

✠ CAYETANO, Card. Arzob.

Genova, s. Francisco d'Albano

31 de Enero de 1888.

Las horas fúnebres.

Durante toda la noche habían volado tan queridos despojos mortales, algunos sacerdotes, acólitos y coadjutores salesianos. Al amanecer del día 2 de Febrero, depónese el cadáver en la triple caja mortuoria, revestido con sus ornamentos sagrados. La primera caja es de madera de encina, con adornos de bronce dorado. Sobre la tapa posa una hermosa cruz. La segunda es de plomo y la tercera está forrada con seda amarilla y adornada con borlitas azules.

Se habria debido cerrar y sellar definitivamente el ataúd, pero se hizo tan solo de un modo provisional á fin de proporcionar el consuelo de ver por última vez á tan amado Padre, á muchos de nuestros hermanos, entre los cuales á algunos Directores de las casas de Francia que debian llegar muy pronto.

A las 8 1/2 la carrera *Regina Margherita*, que desde la plaza *Milano* va á dar á la de *María Auxiliadora*, está completamente llena de

gente. En la calle *Cottolengo*, agentes de policia esfuerzarse en poner un dique á tan numerosa y extraordinaria concurrencia. Ademas procuran abrir paso á los amigos de Don Bosco, á los Cooperadores y Cooperadoras de su Obra. Los coches venen obligados á pararse á cierta distancia del Oratorio.

Sobre la puerta del santuario, adornada con cortinajes de luto, se leen en hermoso cuadro estas sencillas palabras con caracteres cubitales:

A DON BOSCO
PREGANO LA PACE DEI GIUSTI
I SUOI FIGLI
DOLENTI.

A Don Bosco desean la paz de los justos sus afligidos hijos.

En el primer patio del Oratorio se ve un considerable número de señores con su cartera de viaje, y un poco más adelante á muchos sacerdotes mezclados con los Salesianos. Los primeros son Franceses, de llegados en el tren de Modan y Susa, otros son peregrinos recién llegados á Genova, con muchos de Suiza ó Irlanda, de regreso de Roma, los cuales interrumpen su itinerario para venir á tomar parte en la sepultura de Don Bosco. Los segundos pertenecen al clero turinés que vienen á mezclar sus lágrimas con las de los Salesianos, en cuyo

La parte de la iglesia reservada al publico está toda ocupada desde las primeras horas de la mañana. En medio, y precisamente bajo la gran cúpula, elevase el catafalco, sobre el cual pende un magnifico pabellon blanco y negro. En el retablo del altar mayor, todo cubierto de negro, destaca una gran cruz de plata. Al lado del Evangelio está la cátedra episcopal, cubierta tambien de negro, pero sin baldacino. Tan fúnebre aparato causa en los ánimos triste y luctuosa impresion.

El silencio es profundísimo. Oyese afuera un vago rumor; es el gentío inmenso que en vano intenta entrar en la iglesia; sin embargo, no se dan gritos ni acontece el más mínimo desorden. La puerta principal de la iglesia está abierta de par en par; desde dentro vése la plaza llena de personas que, con devocion y recogimiento indescribibles, asisten al santo sacrificio de la Misa que se celebra en varios altares de la iglesia. Los bancos que rodean el catafalco van llenándose de muchos invitados, gran número de señoras é Hijas de María Auxiliadora.

Ya el lúgubre sonido de la campana anuncia el imponente acto que va á tener lugar. De repente oyese el melancólico al par que dulce y suave canto de los salmos del real Profeta. Se abre una puerta lateral y pálido resplendor atrae hácia aquella parte las miradas de todos los circunstantes. Considerable número de niños, revestidos con sotana y roquete, aparecen con sus cirios encendidos. Detrás ¿quién viene? ¡Ah! el padre de tantos pobrecitos huérfanos, ¡D. Bosco! que reposa en un ataúd, colocado sobre los hombros de ocho sacerdotes salesianos, quienes, lle-

gando al catafalco, lo deponen con indecible veneración y respeto.

Son las nueve y media. Seis cirios arden en el altar mayor y algunos centenares de velas rodean el catafalco, adornado con el escudo de la Congregación Salesiana, y muchas coronas colocadas por la piedad de los fieles.

Se adelanta el Clero ordenadamente; por último viene el Ilmo. Sr. Don Juan Cagliero, revestido con los hábitos sacerdotales y la mitra blanca en la cabeza. La congoja de este venerando Apóstol de la Patagonia, se transparenta en su melancólico rostro y parece que va repitiendo entre sus oraciones: *También yo he perdido al padre!*

Apénas la orquesta hubo entonado el *Requiem*, los ojos de todos se inundaron de lágrimas.

¡Oh Monseñor Cagliero! Cuando en la flor de tus años escribías las notas de esta Misa fúnebre tan solemne, conmovedora, artística, no pensabas ciertamente que algún día sería cantada, estando tú presente.

terno del alma de tu amado Don Bosco. Los mismos cantores sentían la fuerza de tus afectos, y las notas salían claramente de sus pechos, mezcladas con sollozos y abundantes lágrimas.

A las 11 1/2 terminaba el *Liberate me, Domine*.

Una idea singular embargó nuestra mente durante el tiempo del sagrado rito. Don Bosco, hacia ya algunos años que, al pedir lo que podía ser ventajoso á la Sociedad por él fundada, solía repetir, como causa de su consecución, el deseo de cantar el *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*; por haber dejado cumplida la obra que en Nombre del Señor había emprendido. Pues bien; su funeral tenía lugar precisamente el día, en que tantos siglos hace, el *Nunc dimittis* había sido cantado por primera vez por el santo anciano Simeon.

Pergamino colocado en el ataúd de Don Juan Bosco.

A las dos de la tarde, antes que los humanos despojos del Sr. Don Juan Bosco se cerrasen definitivamente en la caja mortuoria, ante la presencia de los Sres. doctores D. Juan Albertotti y D. Tomás Bestente, se dió lectura, y despues se metió dentro de una redomita de vidrio, á la siguiente declaración verbal, firmada por los dos mencionados médicos y varios Superiores de Salesianos, testigos oculares del hecho. La redomita con el pergamino fueron colocados muy cerca de los pies de los referidos despojos.

« Los infrascritos dan fe que en este ataúd están depositados los despojos humanos del sacerdote Don Juan Bosco, fundador de la Congregación de S. Francisco de Sales, de las Hijas de Maria Auxiliadora y de los Cooperadores y Cooperadoras Salesianos. Nació en Castelnuovo d'Asti el día 15 de Agosto del año 1815 de Francisco y de Margarita Occhiena, y murió á consecuencia de una conuocion lenta de la médula espinal, segun resulta del certificado que se entregó en el

Ayuntamiento, firmado por el médico Sr. Albertotti, que lo asistió durante su enfermedad, en Turin, en el Oratorio de S. Francisco de Sales, el 31 de Enero de 1888, á las 4 3/4 de la mañana, pocos minutos despues del toque del Ave Maria, que pareció ser la voz de la Virgen Auxiliadora que lo llamaba al cielo, al fin del IX año del glorioso pontificado del sapientísimo Papa Leon XIII, gobernando el Arzobispado de Turin el Emmo. Cardenal Sr. D. Cayetano Alimonda y reinando Umberto I de Saboya, nuestro Soberano. — De las obras, caridad y celo admirables, de las varias instituciones, de las grandes y heroicas virtudes, de la vida de este ilustre Finado y del llanto general que su muerte excitó entre el pueblo, hablará á su tiempo la historia.

» El cadáver viste sotana y está revestido de los sagrados ornamentos morados, como en acto de celebrar la santa Misa. En el féretro, juntamente con este pergamino, dentro de un estuche de vidrio, hay tambien tres medallas de Maria Auxiliadora, y otra de plata conmemorativa del Jubileo sacerdotal de Leon XIII.

» Huesos dolorosamente llorados y regados con tantas lágrimas, reposad en paz hasta el día en que el sonido de la angélica trompeta os llamará tambien á la gloria eterna, y el espíritu, que ya os animó, nos sea propicio desde lo alto de los cielos, donde fundadamente esperamos se halle el alma de Dios y de Maria, que tanto amó, y en la cual tuvo siempre la mayor confianza.

Turin, 2 de Febrero de 1888. >

(Siguen las firmas).

Por la última vez, los pocos que tomaron parte en esta triste ceremonia, contemplaron aquellos venerandos restos y besaron la mano que estaba aun enteramente flexible. Despues lo cubrieron reverentemente.

Adios, santos despojos de Don Bosco, vosotros desapareceis para siempre. Con vos desaparece el astro de la beneficencia, el apóstol de la juventud, el áncora de la niñez desvalida, el padre del pueblo. Con vos se sepultan aquella mirada dulcísima que convertía, aquella voz armoniosa que, hablando, evangelizaba, aquella mano que, alzándose, bendecía, aquellos pies que, caminando, evangelizaban la paz.

Adios, despojos venerandos. Vosotros bajais al sepulcro, pero á nosotros nos queda la grande alma de Don Bosco presente en sus institutos, viva y patente en sus admirables ejemplos.

El entierro.

Los concurrentes comenzaron á ocupar las calles y plazas que rodean la iglesia de Maria Auxiliadora, á las dos y media de la tarde. Los tranvías se tomaban por asalto; los carruajes particulares y de alquiler conducian multitud de personas al lugar de la sepultura. Desde el medio día, como ya hemos dicho, muchas tiendas cerraron sus puertas en señal del luto, y á las

tres se suspendieron los trabajos en muchas fábricas y talleres.

¿Quién sabe cuántas personas asistieron a este funeral, al cual no hay ninguno que compararse pueda? Dirémos cien mil, pero quizá eran más. Por todo lo largo de las calles *Cottolengo*, *Principe Oddone*, *Regina Margherita* y *Ariosto*, dos largas y anchas filas de personas esperaban el cortejo que se movía lentamente. Todos los balcones estaban también llenos de gente; sobre los árboles, carros y faroles veíanse á aquellos vivaces hijos del pueblo que de todo saben hacer algazara, y que sin embargo, en el solemne recogimiento de aquel acto, observaban una conducta en extremo reverente y respetuosa.

Don Bosco, en una memoria suya manuscrita, recomendaba la modestia de los funerales, si bien manifestaba el deseo de que sus hijos acompañasen sus despojos hasta la última morada. Pero ¿acaso era necesario imponer tal deseo á corazones que rebotaban de afecto?

A las tres y media empezó á desfilar el cortejo, compuesto de más de cinco mil personas. Caminaban delante las Hijas de María de las parroquias de San Donato y San Joaquín, seguidas de algunas Hermanas, educandas del Instituto de Sta. Teresa, en Chieri, y varias niñas de los Oratorios festivos. Iban luego en gran número Cooperadores y Cooperadoras de la Congregación Salesiana, entre las cuales había mujeres del pueblo, asociadas con las más altas clases en tan puros y general tributo de veneración. Seguían los alumnos del Oratorio Salesiano y de la casa de San Juan Evangelista, divididos, por clases los estudiantes, y por talleres los artesanos; luego los coadjutores de otras Casas Salesianas y los antiguos alumnos de Don Bosco. Entre estos últimos veíanse catedráticos, periodistas, músicos, maestros, escritores, artistas, mayordomos de fábrica, en una palabra todas las clases sociales. Era un verdadero y justo homenaje de veneración y gratitud al hombre que á todos había dado el pan de la inteligencia y del cuerpo, y llevado por la senda del trabajo honrado y provechoso.

La banda del Oratorio Salesiano ejecutaba de vez en cuando alguna marcha fúnebre, y ostentaba su bandera enlutada.

Precedido del subdiácono con Cruz alzada y cubierta con negro velo, venía el clero: los H. rmanos menores del Hospicio de S. Antonio, los clérigos salesianos, numerosísimos sacerdotes colocados en orden, según su ancianidad, cuarenta Párrocos de Turin y pueblos inmediatos, varios Canónigos y los Exemos. é Ilmos. Sres. Cagliero Obispo de Magdo, Bertagna, Obispo de Cafarnaún, y Leto, Obispo de Samaria, los cuales vestían capa pluvial negra y mitra blanca, acompañados de sus diáconos, subdiáconos y sacerdotes asistentes.

Llevaban el féretro, en andas, ocho sacerdotes salesianos. Varios Franceses é Italianos habían solicitado este honor, pero los Salesianos les suplicaron no se ofendiesen si pretendían conservárselo íntegro. La caja mortuoria iba cu-

bierta con paño negro; encima llevaba las insignias sacerdotales y las medallas de oro de la *Asociación de Católicos de Barcelona* y de la *Sociedad Geográfica de Lyon*, corporaciones que se honraban, y muy en particular la primera, teniéndole inscrito como socio de honor y mérito por su grande Apostolado en favor de la juventud.

Al pasar el féretro, todos descubríanse reverentemente la cabeza, muchos se arrodillaban y no pocos pronunciaban las palabras, mil veces oídas en estos días: — ¡Era un santo!

Al lado del féretro algunos sacerdotes llevaban las coronas de flores, ofrecidas por el Capítulo Salesiano. Este iba detrás de los despojos. Presidían los Rdos. D. Miguel Rua, Don Celestino Durando y Don Antonio Sala, quienes en el semblante demostraban su inmenso dolor. Por último seguían muchísimos sacerdotes, entre los cuales una representación de la Curia Arzobispal y otra del renombrado Santuario de Ntra. Señora de la *Consolata*, los sacerdotes de la Compañía de Sto. Tomás, crecido número de seminaristas, los representantes de todas las órdenes religiosas de Turin, los del *Consorcio de los Artigianotti* y de la prensa, es decir, de varios diarios de Turin, Milán, Génova, Roma, Ivrea, etc.; el Excmo. Sr. Conde de Viandino, presidente de la Obra de los Congresos Católicos; los representantes de la Unión Conservadora; otros ilustres y distinguidos señores; el Consejo Central de la Unión Católica obrera de Turin con bandera, la Unión de los Aspirantes Obreros Católicos con pendon, la Juventud Católica con su estandarte, la Unión del *Coraggio Cattolico*, los representantes de muchas sociedades católicas forasteras, entre las cuales recordamos las de Saluggia, Chieri, Orbassano, Asti, Santena y Nizza Monferrato. Diez banderas enlutadas ondeaban sobre aquella espesa retaguardia, que marelabá ocupando todo lo ancho de la calle y extendiéndose desde un puente del ferro-carril, hasta inmediaciones del Oratorio. A honrar al grande educador de la juventud vinieron también ilustres profesores y beneméritos directores de varios institutos. Hallábanse entre ellos el Rdo. Doctor Sr. Don José Parato, rector del *Colégio Nacional*, y el Excmo. Comendador Sr. D. Juan Scavia.

Entre los representantes extranjeros nos vienen señalados: el Sr. Don Luis Barros y Mendez, del *Movimiento Católico* de Chile; el Sr. Don Julio Aulfray, de la *Déense* de París; el Padre J. Roumaet, delegado por los profesores del *Petit Séminaire* de Pont de Beauvoisin en Saboya.

Ni tampoco aquí concluía el acompañamiento. Todas las referidas representaciones iban en medio de dos largas filas, compuestas de personas de servicio, que vestían la librea de las principales familias de Turin, entre los cuales figuraban asimismo algunos alguaciles del Municipio; por último seguían algunos centenares de personas devotas que, piadosamente, rezaban el santo Rosario.

Para poder formarse una idea de tan numerosa concurrencia baste decir que, después de

haber recorrido los primeros que componían el cortejo la distancia de tres kilómetros, las últimas personas no se habían movido aún de la iglesia de María Auxiliadora.

Jamás presencié Turin un concurso tan numeroso como espontáneo. Don Bosco hijo del pueblo y consagrado al pueblo, recibió de éste la más grande demostración que pueda imaginarse.

El esplendor de este fúnebre acto no puede ser comprendido sino se le considera en su misma sencillez. Todos los que á él asistieron eran hijos, alumnos ó admiradores de Don Bosco, impelidos á prestarle tan penoso tributo, no por simple obligación de reverencia ni para salvar las apariencias sociales, sino por un inmenso sentimiento de amor y gratitud.

Era admirable y conmovedor el comportamiento de aquellos miles de niños y jóvenes, que iban por las calles con la cabeza descubierta, con rostro melancólico y rezando cada cual sus oraciones particulares. Su único pensamiento era Don Bosco, que llevaban triunfalmente al eterno reposo.

Y la verdad: no fué sepultura, fué un triunfo. Llevaban á enterrar los despojos de aquel grande pero él — el amado Don Bosco — estaba más vivo que nunca en la veneración de la multitud, en el obsequio á su memoria, en la grandeza de sus instituciones. Aquel muerto sobrevive en miles y miles de sacerdotes, religiosas, niños, obreros, que continuarán las tradiciones de sus virtudes evangélicas.

Los cantos fúnebres no tenían tampoco aquel acento triste y melancólico que conturba el corazón y mueve al llanto; aquellas notas subían por los aires limpidas y suaves, entre los rayos del sol refulgente, y volvían dulcemente al corazón de todos, bajo la certeza de que, aquella alma, gozaba ya en el cielo el triunfo que sobre la tierra le rendía la piedad de los vivientes.

En efecto; un señor de aspecto noble y generoso, aproximóse á un sacerdote salesiano y le preguntó:

— ¿Me hace Vd. el favor de decir qué es esto?

— ¡Es el funeral de un sacerdote!

— ¿Cómo? ¿un funeral? No señor, diga Vd. más bien una apoteosis.

— No he creído necesario decirselo á Vd., si bien se me ha ocurrido.

Una hermosísima escena acaecía en la calle de Ariosto, delante de la estatua del venerable Cottolengo, la cual hallase en actitud de mostrar el cielo, á un pobre viejo y á un jovencito que están á un lado. A los pies de la estatua se abren dos ventanas que dan á un aposento. Y hé aquí que, mientras en este punto se cambiaban los que llevaban el féretro, asómanse algunos pequeñitos enfermos, los cuales, con sus movimientos, parecía daban vida á la estatua indicando en aquel momento el cielo al que había seguido sus gloriosos ejemplares: *Charitas Christi, vincit nos.*

Las exequias.

El pueblo es bueno y tiene corazón agradecido. Así lo demostró con la dignidad de su comportamiento.

Es verdad que el Excmo. Sr. Ferrari y el Comandante de los guardias municipales no descurdaron medio alguno para mantener el orden; verdad es también que, digno de no pequeño elogio, fué el servicio que dichos agentes prestaron sabiendo, con modales sumamente finos, contener y regular aquel numeroso público; pero es asimismo verdad lo que ellos mismos decían de vez en cuando: ¡Es una cosa maravillosa! ni siquiera hay lugar al más mínimo inconveniente; basta una sola palabra para ser obedecidos. ¡Ah! se ve que el afecto unido al deseo de que todo procediese bien para honra del difunto, ha reunido aquí al pueblo. Semejante asamblea, reunida con otros fines, no sería tan fácil de dominar. — En efecto: apenas el féretro salió de la iglesia, una multitud de personas entro atropenadamente en ella, con el fin de ocupar los primeros puestos durante el tiempo de las exequias. Era un justo deseo, y sin embargo todos los referidos fieles obedecieron con prontitud admirable á la invitación que los guardias hicieron de que saliesen.

El espectáculo que ofrecía la vuelta del féretro á la iglesia fué imponente é indescribible. Van á dar las seis. La plaza está llena de gente hasta la carrera *Regina Margherita*. Por la larguísima calle *Cottolengo* tampoco se puede pasar. El atrio de la iglesia hallase enteramente libre y en él colócanse los niños del Oratorio, formando semicírculo. En medio hay dos filas de hombres con cirios encendidos. Entran en la iglesia las Hijas de María, vestidas de blanco, colocándose en la capilla de la derecha; el clero va adelante hasta el altar mayor, formando dos larguísimas filas, que se duplican por cada lado, alrededor del catafalco.

Apénas dan vuelta al féretro para entrar en la iglesia, la música del Oratorio, puesta al frente, ejecuta una marcha fúnebre; las campanas tañen con sonido triste y melancólico; á pesar de todo, tan lúgubre armonía y lastimoso acento apenas se sienten, porque el corazón está en extremo impresionado con el espectáculo extraordinario que contempla. La iglesia hallase preciosamente iluminada; parece que ha desaparecido por completo el color negro de las colgaduras ante el reflejo de los rayos, que se confunden con el resplandor de las franjas doradas.

— ¡Es la entrada en el Paraíso! — oímos decir á algunos. Los Ilmos. Señor Leto y Cagliero, el uno al lado de la Epístola y el otro del Evangelio, en el altar mayor, estaban en pie, rodeados de sus sacerdotes asistentes y con mitra blanca en la cabeza. Mons. Bertagna esperaba al féretro sobre las gradas del presbiterio, muy cerca del cual fué depositado. Las representaciones quedaron en la puerta de la iglesia, con sus respectivas banderas.

En cuanto el Ilmo. Sr. Bertagna hubo dado la bendición al cadáver, acaeció otro nuevo y edificante espectáculo. El pueblo se precipitó sobre el féretro, para besarlo como se besan las cosas santas. Las coronas de flores fueron hechas poldazos, y así hubiera sucedido con lo demás, si desde luego no se hubiesen tomado providencias para impedirlo.

La caja fué trasportada enseguida á la iglesia de S. Francisco, con el fin de esperar á la tumulación.

Pero ¿cuáles fueron las impresiones que dejó este memorando día? Cuando la comunidad se vió toda reunida en casa, una paz, un recogido general invadió los corazones de todos. Algunos que habían llorado aun aquella misma mañana, se sintieron tranquilos, como si Don Bosco no hubiese muerto; como si aun se hallase en medio de sus hijos.

— ¡Qué fiesta tan hermosa! — exclamaban varios: y quien al principio se había maravillado de semejante exclamación, después concluía por decir también: — ¡Fué una espléndida fiesta! Muchos se repetían mutuamente las palabras jocosas y afectuosas que habían oído pronunciar á Don Bosco; otros narraban algunos pasos de su vida, con tanta alegría, con tal demostración de contento cual difícilmente se puede explicar con palabras. En fin, el luto había cesado. Todos sentíamos que Don Bosco vivía y no estaba lejos.

Leon XIII y Don Bosco.

Al siguiente día, por la mañana, una carta dirigida por Su Eminencia Rdma. el Cardenal Rampolla, al Sr. Don Miguel Rua, Vicario general de la Congregación Salesiana, coronaba nuestra misteriosa tranquilidad, con palabras que habían sido dichas por el mismo Vicario de Jesucristo.

Roma. Señal:

« La pérdida del sacerdote Don Juan Bosco, » que gozaba de la estima, afecto y admiración » universal por las obras de cristiana caridad » que había fundado, por el celo que siempre » desplegó en promover el bien de las almas y » por todo lo que había hecho, á fin de que el » nombre santísimo de Dios se oyese y venerase » en todas partes, la pérdida, en fin, de este » Apóstol, deja un vacío, del cual duelese la » Iglesia, y con ella deben merecidamente dolerse también sus hijos, que lo tuvieron como » Padre afectuosísimo y dechado de todas las » virtudes.

» Y puedo también decir que en el ánimo de » Su Santidad, el tristísimo acaecimiento ha producido una impresión tanta más dolorosa, cuanto mayor era la benevolencia que hacía el benemérito sacerdote sentía y la estimación en que

» siempre ha tenido sus muchas Obras, fecundas » de santos y saludables frutos. De suerte que » no puede menos de elevar su corazón á la misericordia divina y suplicar se digne concederle generoso premio en la gloria celestial.

» Además otorga cordialmente la bendición apostólica á la Sociedad Salesiana, en la seguridad de que le será un auxilio en su aflicción, y estímulo para proseguir en la santa empresa que ha heredado del finado, y que formó el objeto de sus incansables cuidados, durante los largos años de su mortal carrera.

» Uniéndome, pues, á los sentimientos del Padre Santo, deseo á Vd. toda clase de felicidad y me ofrezco con particular afecto suyo

» *Afmo. Servidor,*

» Card. M. RAMPOLLA. »

Roma, 2 de Febrero de 1888.

SALIDA

DE LOS MISIONEROS

Recomendamos á la caridad de nuestros buenos Cooperadores seis misioneros nuestros, que saldrán para las Misiones de América en el corriente mes de Marzo. Esta expedición fué la última que estableció Don Bosco, y por lo tanto su última disposición, de la cual dejó el encargo á Mons. Cagliero. El auxilio de María Santísima, el espíritu ardiente de Don Bosco, la cooperación generosa de nuestros bienhechores, no faltarán ciertamente á estos nuestros valerosos hermanos, y el reino de Dios, esparcido sobre la tierra, será el monumento más hermoso que pueda elevarse á la memoria bendita del amado *Don Bosco*.

OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATÓLICA

- CLARET (D. Antonio Maria).** Avisos saludables á las casadas, ó sea, carta espiritual que escribió á una casada, hermana suya, con aprobacion del Ordinario. — Opúsculo en-32°, de 66 pág. Peset. 0 60
- Devotos ejercicios en honor del Patriarca S. José,** enriquecidos con numerosas indulgencias. — Opúsculo en-32°, de 32 pág. > 0 50
- Ejercicios devotísimos para visitar á Jesús Sacramentado,** reimpresos con licencia de S. E. Ilma., que ha concedido 40 dias de indulgencia por cada punto de meditacion. Opúsculo en-32°, de 32 p. (951) > 0 60
- LLANDAIN (D. Pedro Maria).** Avisos dirigidos al pueblo católico, para prevenirlo contra la propaganda protestante. — Opúsculo en-32° de 68 pág. (951) > 1 —
- Letrillas en honor de María SS.** para el mes mariano. — Opúsculo en-32° de 50 pág. > 0 60
- Hombre (El) de bien,** almanaque para 1885. Aguinaldo á los suscritores de las Lecturas Católicas. — Opúsculo en-32° de 98 pág. (951) > 1 —
para 1886 (951) > 1 —
- Mina espiritual** de riquísimos tesoros que sacará con poco, pero cotidiano trabajo, el amante de la perfeccion, que sepa poner en práctica lo que le prescribe el presente librito. Está sacado de una de las obritas espirituales del P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañia de Jesús. — Opúsculo en-32° de 20 p. (951) > 0 60
- No vená de la gloriosa Virgen y Mártir Sta. Bárbara,** abogada contra los truenos y rayos, y gran protectora de sus devotos en la hora de la muerte, para no morir sin los santos Sacramentos. — Opúsculo en-32° de 20 pág. (951) > 0 60
- Novena para honrar á María Santísima** en su título de Madre de Misericordia, con que se venera en la Iglesia de Santo Domingo de esta Ciudad; está formada con el auxilio de varios escritos piadosos sobre el Santuario de aquella Señora, en Savona; por un Sacerdote de Buenos Aires. — Opúsculo en-32° de 50 pág. (951) > 0 60
- Rosario (El) meditado y practicado** por las almas que aspiran á la perfeccion cristiana. — Opúsculo en-32° de 16 pág. (951) > 0 60
- RODRIGUEZ (P. José Maria), Corte de S. José y Sagrada Familia,** oraciones para hacer la visita. — Opúsculo in-32° de 16 pág. (951) > 0 60
- SÉGUR (Monseñor) La Misa.** Traducción de D. J. G. Y. M. — Opúsculo in-32° de 158 pág. > 1 —
- Soliloquios del Corazon** ante Jesús Sacramentado. — Opúsculo en-32° de 150 pág. > 1 —
- STOGER (P. Juan N.) El celo de las almas.** Traducido del alemán por el P. Valentín Ruiz. — Opúsculo en-32°, de 24 pág. (951) > 0 60
- Sumario de las indulgencias** y demás gracias concedidas á los religiosos terceros y cofrades de ambos sexos de Nuestra Sra. del Cármen; como tambien á todos los fieles que visitaren las iglesias de su Orden y de las Cofradias del Santo Escapulario, por un religioso carmelita descalzo. — Opúsculo in-32°, de 40 pág. (951) > 0 60
- Testamento del alma.** — Opúsculo en-32° de 16 pág. (951) > 0 70